—Ea, hijos, no se nos vaya: algún bergantín de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iría á tierra por que así el bajel no se les escaparía.

Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecía que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y así era la verdad; el cual bajel, cuando descubrió las galeras, se puso en caza con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y así le fué entrando, que claramente los del bergantín conocieron que no podían escaparse, y así el arraez quisiera que dejaran los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitán que nuestras galeras regía; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podían los del bajel oír las voces que desde ella les decían que se rindiesen, dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos, que en el bergantín venían con otros doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venían.

Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida á todos cuantos en el bajel tomase, y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debajo de la palamenta.

Pasó la galera adelante un buen trecho: los del bajel se vieron perdidos; hicieron vela en tanto que la galera volvía, y de nuevo á vela y á remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia tanto como les dañó su atrevimiento; porque alcanzándoles la capitana á poco más de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos.

Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas cuatro con la presa volvieron á la playa donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el general cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el virrey de la ciudad. Mandó echar el esquife para traerle, y mandó amainar la entena para ahorcar luego luego al arraez y á los demás turcos que en el bajel había cogido, que serían hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los más escopeteros turcos.

Preguntó el general quién era el arraez del bergantín, y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que después pareció ser renegado español):

—Este mancebo, señor, que aquí ves, es nuestro arraez; y mostróle uno de los más bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginación. La edad, al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el general:

—Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible el escaparte? ¿Este respeto se guarda á las capitanas? ¿No sabes tú que no es valientía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos, pero no temerarios.

Responder quería el arraez, pero no pudo el general por entonces oír la respuesta por acudir á recibir al virrey, que ya entraba en la galera, con el cual entraron algunos de sus criados y algunas personas del pueblo.

—Buena ha estado la caza, señor general, dijo el virrey.

—Y tan buena, respondió el general, cual la verá vuestra excelencia ahora colgada desta entena.

—¿Cómo así? replicó el virrey.

—Porque me han muerto, respondió el general, contra toda ley y contra toda razón y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venían, y yo he jurado ahorcar á cuantos he cautivado, principalmente á este mozo, que es el arraez del bergantín; y enséñole al que ya tenía atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte.

Miróle el virrey, y viéndole tan hermoso y tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y así le preguntó:

—Dime, arraez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana:

—No soy turco de nación, ni moro, ni renegado.

—Pues ¿qué eres? replicó el virrey.

—Mujer cristiana, respondió el mancebo.

—¿Mujer y cristiana y en tal traje y en tales pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla.

—Suspended, dijo el mozo, oh señores, la ejecución de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza en tanto que yo os cuente mi vida. ¿Quién fuera el de corazón tan duro que con estas razones no se ablandara, á lo menos hasta oír las que el triste y lastimado mancebo decir quería?

El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó á decir desta manera:

—De aquella nación más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada. En la corriente de su desventura fuí yo por dos tíos míos llevada á Berbería, sin que me aprovechase á decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas.

No me valió con los que tenían á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tíos quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invención para quedarme en la tierra donde había nacido, y así por fuerza más que por grado, me trajeron consigo.

Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni más ni menos; mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamás, á mi parecer, di señales de ser morisca.

Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar

de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene.

Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y más en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así sólo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio.

Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabía muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos míos, que consigo me traían; porque mi padre, prudente y prevenido, así como oyó el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué á buscar alguno en los reinos extraños que nos acogiese.

Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sóla tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese nos desterraban. Hícelo así, y con mis tíos, como tengo dicho, y otros parientes y allegados pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno.

Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mía. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía. Díjele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrían cobrar si yo misma volviese por ellos.

Todo esto le dije temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir cómo venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podía imaginar. Luego entendí que lo decían por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden.

Turbéme considerando el peligro que Don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea.

Mandó luego el rey que se le trajesen allí delante para verle, y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decían. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que sí era; pero que le hacía saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir á vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díjome que fuese en buena hora, y que otro día hablaríamos en el modo que se podía tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro.

Hablé con Don Gaspar, contéle el peligro que corría el mostrar ser hombre: vestíle de mora, y aquella misma tarde le traje á la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hacer presente della al gran señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podía tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego.

Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que le quiero) se deje á la consideración de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantín, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados.

Vino también conmigo este renegado español, señalando al que había hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más deseo de quedarse en España que de volver en Berbería: la demás chusma del bergantín son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo.

Los dos turcos codiciosos é insolentes, sin guardar el orden que traíamos de que á mí y á este renegado en la primera parte de España, en hábito de cristianos de que venimos proveídos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún accidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantín en la mar, y si acaso hubiese galeras por este costa, lo tomasen.

Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución Don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa.

Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues como ya he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchas de los que presentes estaban.

El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entró el virrey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con palabras interrumpidas de mil sollozos y suspiros, le dijo:

—¡Oh Ana Félix, desdichada hija mía, yo soy tu padre Ricote, que volvía á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma.

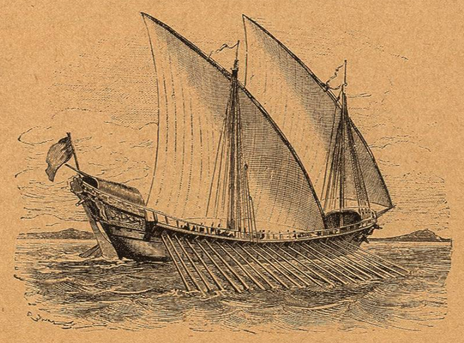
A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza, que inclinada tenía pensando en la desgracia de su paseo, y mirando al peregrino conoció ser el mismo Ricote, que topó el día que salió de su gobierno, y confirmóse que aquella era su hija, la cual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey:

—Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes á buscar á mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas.

No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y ahora por el extraño rodeo que habéis visto he hallado el tesoro que más me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericorlia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho:

—Bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto á ser Ana Félix su hija, que en esotras zarandajas de ir y venir tener buena ó mala intención, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo:

—Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida no os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus soldados habían muerto; pero el virrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentía había sido la suya.

Hizo el general lo que el virrey le pedía, porque no se ejecutan bien las venganzas á sangre helada; procuraron luego dar traza de sacar á Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y joyas tenía: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció á volver á Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos, porque él sabía dónde, y cómo y cuándo podía y debía desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virrey el fiarse del renegado, ni confiar dél los cristianos que habían de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre dijo que salía á dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen.

Firmados, pues, en este parecer, se desembarcó el virrey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.